

Introducción

He vivido buena parte de mi vida adulta en Marruecos y aunque ya no resido allí, sigue siendo mi hogar. Lo es, al menos, un barrio periférico y popular de una gran ciudad gentrificada, una casa en perpetuo proceso de construcción, una familia escogida casi sin darme cuenta que me llama y me trata como «la-hija-cristiana-que-es-como-una-hija-más». Un idioma de suburbio indomable (el suburbio y el idioma), un ritmo, una forma de reír y de echarle paciencia a la vida, un modo efervescente de discutir y dejar de hacerlo repentinamente, una manera de entrar en las casas, de saludar a las personas mayores, de sentarnos las mujeres en el patio a hablar, a cantar o a estar en silencio. Mi hogar son las peleas de mi Madre Escogida en la mezquita para defender el espacio de rezo de las mujeres, las peleas de mis hermanas por el mando a distancia de la tele, las peleas de mis tías sobre la cantidad de sal que hay que echarle al pan, las peleas entre todas sobre la feminidad, sobre el machismo, sobre el precio de las verduras de la tienda de la esquina, sobre un *hammam*, o el otro, o el de más allá. Ese «mi hogar» es una forma de escaparnos a las discotecas de moda como si las mayores de la casa no supiesen que nos hemos ido, de volver antes de la oración del alba para que no nos pille todo el barrio, de pasarse mensajes de novietes a mi espalda como si yo no me enterase o como si me importase. Es una forma de quererme porque sí, porque estoy, porque formo parte. Es una forma de mostrarme mi ignorancia, de enseñarme, de explicármelo todo: de explicarme la vida, de hacerme partícipe de sus problemas, de sus anhelos, de su cotidianidad.

En 2003, al volver de un viaje, me encontré el barrio medio revuelto. Una palabra que yo no había oído nunca, o que no había registrado, estaba en el centro de conversaciones apasionadas en los cafés, en los autobuses, en la televisión. Cuando llegué a casa, le pregunté a esta madre: ¿*Mudawana*? La ley del código de familia, me explicó, se había modificado, de manera que los matrimonios múltiples entre un hombre y hasta cuatro mujeres se habían vuelto casi imposibles a la práctica. Las mujeres de mi entorno estaban muy contentas; los hombres, no tanto, a pesar de que la poligamia es más un mito que una práctica real, al menos en las clases populares. Incluso la súper estrella de la música tradicional *chaabi*, Najat Aatabu, hizo una canción para difundir la reforma: «¿Habéis entendido la *mudawana*, o bien os la explico?», cantaba. Poco después la vi en directo en un concierto multitudinario y las mujeres del público bailaban coreando «una, una», mientras los hombres, incluso los policías que vigilaban la seguridad del evento, bromeaban y coreaban «cuatro, cuatro».

12

Este libro habla de monogamia y de relaciones múltiples, pero no pretende hacerlo desde una forma de pensamiento universal sino situado en un lugar, un tiempo, una mirada y una experiencia concreta. Escribo desde el sur de Europa y lo hago desde la perspectiva del pensamiento político. Soy una mujer blanca que se relaciona sexo-afectivamente con mujeres y vivo en una gran ciudad.

En nuestras genealogías, la raza, la clase y el género son centrales, no podemos eludirlos, especialmente si queremos pensar la monogamia y sus grietas. En Suecia se practicaron las esterilizaciones, en muchas ocasiones forzadas o bajo coerción, hasta 1996. Se calcula que fueron esterilizadas 230.000 mujeres. Muchas de ellas bajo marcos racistas, mujeres laponas y gitanas, pero también mujeres blancas con antecedentes de alcoholismo, con diagnósticos de sufrimiento mental o con otras criaturas y sin un padre reconocido. Las llamadas «madres solteras». Género, raza, clase, orientación sexual, capacitismo...

Este libro está escrito desde una experiencia concreta y desde un marco de pensamiento concreto. Si algún día las mujeres

de mi extensa familia marroquí leen este libro y algunas de las reflexiones que incluye les son útiles para pensar sus contextos y sus experiencias, bienvenido sea. Si a las compañeras que desde otras perspectivas y espacios están pensando estas cuestiones les sirve para añadir información, estupendo. Pero este libro solo es una pieza del mapa, del puzle; no es el puzle.

En él he tratado de analizar cómo eso que en Europa denominamos monogamia es un sistema de control sobre los afectos que viene marcado por el neoliberalismo y que genera una forma de pensamiento constitutiva y necesaria a la construcción nacional europea y a su proyecto colonial. Y lo he hecho desde el pensamiento activista, el que se quiere como herramienta de cambio en un mundo injusto hasta la atrocidad. Si algo me interesa del resultado es vislumbrar cómo desactivar este sistema en tanto que manera de relacionarnos con el entorno, con el mundo, más allá de si decidimos construir núcleos afectivos a dos, a cinco o a una.

La posibilidad de alternativa al sistema monógamo no va de ligues y noviazgos, sino de colectivización de los afectos, de los cuidados, de los deseos y de los dolores. Para resistir a la violencia individualista, tejer redes rizomáticas. Pero, para ello, tenemos que desenmascarar el sistema que nos confronta y nos convierte en sujetos activos en una competición sangrante.

13

Activismo afectivo

A pesar de llevar 20 años teniendo relaciones que intentan no ser exclusivas, el activismo y la visibilidad no siempre fueron una opción. Durante mucho tiempo mis formas de relación eran una cuestión privada que concernía a mi entorno más cercano y poco más. El neoliberalismo¹ y el feminismo me sacaron a patadas del armario.

1 Esa doctrina capitalista que aplica la libertad en beneficio del sector privado: cada cual por sí y que gane el más fuerte.

Por un lado, las relaciones no-monógamas, bajo la etiqueta de poliamor, fueron tomando importancia en los medios de comunicación. Esa gente curiosa que follaba mucho y no se ponía celosa se convirtió en la serpiente de los sucesivos veranos: la excusa perfecta para llenar páginas y páginas de colorines y frases vacías que ojear sin más en la zozobra estival. Teníamos morbo, gracia y éramos tan sumamente inofensivos que cualquier medio de comunicación se atrevía con nosotras. En ese torbellino mediático, el discurso neoliberal, por un lado, y el académico, por otro, iban ganando posiciones.

El discurso neoliberal propone las relaciones no-monógamas como quien vende cachibaches en una feria de telefonía móvil. Todo brillo, todo facilidades, todo superficialidad: pagar a plazos, seguros contra imprevistos, glamour, capital social, capital sexual, diversión asegurada y poco más. Felicidad de supermercado. Mucha libertad y pocos cuidados. Mucho posibilismo y pocos dolores. Mucha heteronormatividad. Muchos hombres sentando cátedra y muchas mujeres acatando. Muchas novias de, esposas de, amantes de. Mucho de lo de siempre disfrazado de otra cosa. Mucha modernez casposa, mucho aventurismo de viaje organizado, y mucha crisis de los treinta, de los cuarenta, de los cincuenta...

14

Hay otra forma neoliberal que es el consumismo afectivo en entornos libertarios que, desde luego, me toca más de cerca y más profundo. Casi diría que hay una forma de depredación afectiva. Con la libertad (individual) como coartada, los cuidados, la empatía, la paciencia, la construcción en común son conceptos preciosos para hacer talleres de cohesión grupal pero en demasiadas ocasiones las palabras se quedan allí, en el acta de la asamblea. Tal vez porque cambiar las condiciones requiere un esfuerzo que no estamos siempre dispuestas a hacer. Tal vez porque estamos demasiado habituadas a usar y tirar los afectos, por mucho que luego reciclemos la ropa y los muebles. Porque sabemos palabras complejas pero no asumimos la complejidad de las palabras. O porque estamos demasiado contaminadas por un romanticismo que nos dice que el amor es subidón y todo lo que no contenga adrenalina no nos sirve, no es lo bastante bueno. Así que llena-

mos de adrenalina tanto los afectos como la gestión de los afectos, todo superlativo, todo posibilista, todo basado en tu esfuerzo individual por aceptar algo que nunca nadie te enseñó cómo aceptar. Todo urgente, todo inmediato, todo imprescindible. Hasta que nos dejamos las entrañas. ¿Quedará alguien dentro de unos años en todo este follón poliamoroso libertario que estamos montando? Tal vez solo las más duras sobrevivirán. Un mundo poliamoroso para las más duras, como en un western serie B.

...pero solo las más heridas conseguiremos crear algo nuevo. De eso tampoco me cabe la menor duda...

Para el discurso académico, somos objetos de estudio, gente-cita que pone el cuerpo en algo que ni siquiera entiende, que no sabe explicar y que necesita de señores y señoras importantes, legítimas y mayoritariamente monógamas para analizar nuestra experiencia. Para estudiarnos desde eso que denominan «observación participante» nos «ayudan» con el activismo el ratito que dura su investigación. Denominar a eso participación es como llamar feminismo a que las mujeres entremos gratis en las discotecas. La observación participante aún embrutece más la relación entre investigador y bicho investigado porque se acaban estableciendo lazos afectivos que, sin embargo, no subvertirán las categorías de investigador y bicho. Lazos afectivos en provecho de la investigación. En lugar de la «observación participante», la «participación observadora» es lo que hacen las personas poliamorosas y no-monógamas, algunas también desde la Academia. Hay personas poliamorosas y no-monógamas investigando, pero ¿cuántas investigadoras monógamas han abierto sus parejas, sus tripas durante el doctorado sobre poliamor, dejándose el corazón en todo este proceso? El conocimiento necesita ser situado, y no se sitúa haciendo sándwiches para un poli-encuentro. El conflicto está en la jerarquía intrínseca entre investigador y bicho y en el marco referencial que nos lleva a tener sujetos que se creen neutros analizando disidencias que no les atraviesan por lugar alguno. Porque las personas monógamas que desde la Academia andan observando nuestros movimientos solo se fijan en aquello que entra dentro de su propio marco monógamo.

He visto cantidades escandalosas de estudios de doctorado sobre no-monogamia hablando de «parejas» como si ese término fuese extrapolable tan fácilmente, obsesionados por escudriñar nuestros hogares, mirando a nuestras criaturas como si criar en red fuese algo de otro mundo o completamente nuevo, Y, como dice Jillian Deri, ella misma queer, poliamorosa e investigadora desde la Academia, en su libro *Love's Refraction*², absolutamente ofuscados por nuestra gestión del tiempo y de los celos. Pero rara vez se plantean si nuestras relaciones afectivas nos posicionan de manera diferente ante el nacionalismo, o ante la mercantilización, o ante las fronteras. Para la Academia monógama, las relaciones no-monógamas van de follar con mucha gente. Y así, de paso, se garantizan que no supongamos riesgo alguno para el status quo.

Claro, esto no significa que solo las personas poliamorosas podamos estudiarnos entre nosotras. Significa que si no lo eres, debes tomar consciencia de cuál es tu marco. Y de como tu marco te impide ver. Nada más y nada menos.

16

Neoliberalismo y parasitarismo fueron, pues, los dos primeros resortes que me espolearon para visibilizarme como activista y tratar de generar pensamiento, marco, lenguaje, desde el riesgo de mi propia experiencia. Desde mi propio desgarro y desde mis alegrías. Y empezar a construir redes de conocimiento y aprendizaje con otras personas que también viven y se piensan: amantes y activistas con mirada política y bichos poliamorosos que trabajan en (que no para) la Academia, que se arriesgan a poner el cuerpo en juego, que se saben y se quieren atravesadas por la realidad.

El tercer ingrediente fue un feminismo que me explicó que lo personal es político, que lo que me estaba sucediendo a mí no empezaba ni acababa conmigo. Y que una revolución que deje fuera los afectos será una revolución a trozos. A ratos.

En estos años de visibilidad he recibido acoso y violencia por parte de grupos poliamorosos de pensamiento único, precisa-

2 Jillian Deri, *Love's Refraction: jealousy and compersion in queer women's polyamorous relationships*, University Toronto Press, Toronto, 2015.

mente por señalar las violencias asociadas al amor, por nombrarle al poliamor los privilegios asociados al género, a la clase, a la raza, al capacitismo y todos los demás ejes de la diferencia. Por decir que la multiplicación, en sí misma, no cambia nada sustancial. Por cuestionar la fantasía de gallo de gallinero buenrollista.

Pero también he encontrado multitud de grupos y experiencias no-monógamas radicales, transformadoras, inclusivas y generosas; a multitud de personas que boicotean la monogamia de una manera profunda y radical desde infinidad de estructuras relacionales: a dúo, en red, en comunidad o anarquías amoratorias varias; a mucha gente pensando y viviendo ya en mundos que apenas hubiese llegado a imaginar por mí misma y de los estoy muy lejos de poder alcanzar. A ellas va dedicado este libro. Con el agradecimiento por haber compartido conmigo, con nosotras, su tiempo, sus experiencias, sus reflexiones, sus conocimientos, sus emociones, sus dudas y sus ganas de transformación.

Pensarnos radicalmente

Este libro, pues, viene a defender posiciones radicales, de las que requieren de mente, cuerpo y vida. No es un libro escrito, ya se ve, para hacer amistades: para eso me reservo los bares y las fiestas. Es un libro escrito desde la necesidad de un oxígeno, de un aliento que no admite medias tintas. Solo entiendo la escritura como espacio de afirmación radical. Como salto al vacío, como abismo, como exposición, como riesgo al error, a la incomprensión, a la vulnerabilidad. Me parecería obsceno desperdiciar tantas horas vuestras y mías, tantos recursos, tanta emoción para construir textitos complacientes que propongan mundos pequeños. Si vamos a lanzarnos a la aventura de este libro, que sea para el desgarrar. Vengo a poner ideas sobre la mesa para que circulen, para que se modifiquen, se trabajen o se desechen. No es un texto que venga a tender manos al Sistema, a proponer reformas y retoques de color que lo disimulen y nos lo hagan parecer más amable. Los pactos se hacen entre personas, entre circunstancias,

entre vivencias concretas para hacer que esas ideas sean, precisamente, vivibles. Las ideas no se pactan, sino que se alimentan, se enriquecen, se contradicen, se enamoran, se contaminan. Se puede pactar cómo concretizar las ideas sobre el terreno, cómo combinarlas, cómo cruzarlas, cómo hacerlas posibles.

Pero las ideas no pueden nacer pactadas.

Aquí, ahora, vamos a soñarnos con intensidad. Vamos a incomodarnos. Vamos a ver hasta qué punto somos capaces de pensarnos radicalmente.

Femenino honorífico, masculino excepcional

Este libro está escrito en femenino. Uso, más concretamente, el femenino genérico y el masculino intencional, el masculino como excepcionalidad, por una vez. Lo escribo así porque reclamo al mismo tiempo que la perspectiva masculina se visibilice como tal, más aún en una temática como la sexo-afectiva que está tan extraordinariamente mediada por cuestiones de género. No quiero con ello reducir el género a lo binario ni feminizar a nadie que no lo quiera, pero es la enunciación que me hace sentir más cómoda para avanzar en este libro.

Por último, también escribo en femenino por una cuestión política. Como decía Heidegger, no hablamos el lenguaje, sino que él nos habla. El debate sobre el masculino como género neutro pertenece a un mundo agónico sin futuro posible. Un mundo que muere matando, pero que muere. Si es masculino, no es neutro. Es masculino. Que se haya utilizado como genérico desde hace siglos no es por un acuerdo lingüístico sino por la sencilla razón de que el mundo sobre el que se guardaban narraciones era masculino, literalmente. Pero si ese mundo ya no existe, no podemos seguir narrándolo como si existiese.

Frente al puritanismo lingüístico, personalmente me causa poquísimos problemas forzar la lengua, bien al contrario. El lenguaje es un instrumento y como tal debe expresarse, expandirse, transformarse, reinventarse a cada línea. La lengua no se empobre-

ce con la transformación: se empobrece con el anquilosamiento. El lenguaje, mal que les pese a las Academias de la Lengua, nos pertenece a la gente que lo usamos, que lo vivimos, que nos nombramos a través de él. Atrevernos a usar un lenguaje que nos represente, sin necesidad de tener el permiso de la Academia, es una forma de subversión. Escribir este libro en femenino no acabará con las desigualdades de género ni con el binarismo, pero pone el acento sobre la cuestión y confirma que el problema no está resuelto.

Por lo demás, el femenino de este libro no es genérico: es honorífico. No pretende «feminizar» a todas las personas lectoras, ni quiere invisibilizar las infinitas maneras de nombrarse de personas de géneros no-binarios. Podría haber usado otras fórmulas, pero he querido también dejar el recordatorio constante de que el género, muy a nuestro pesar, sigue existiendo y seguimos habitando un mundo regido por esa existencia, por las lecturas que de nuestros cuerpos y nuestras identidades hace el entorno. Así, el femenino de este libro es un homenaje a todas las personas que, más allá de su identidad de género y orientación sexual, merecen ser nombradas en un femenino de rebel-día. Por las disidencias que están haciendo desde sus lugares de enunciación, por los infinitos espacios de existencia que están creando más allá del binomio, por las múltiples resistencias al mandato en el día a día, por el boicot a la normatividad que nos insta a ser hombres-de-verdad[®] y mujeres-de-verdad^{®3}.

Y, posiblemente, el femenino sea también un filtro para los y las lectoras. Quien se ofenda por ser nombrad* en femenino, encontrará en este libro motivos muchísimo mayores de ofensa. Porque es un libro escrito desde la disidencia para personas que se sienten orgullosas de ser nombradas en disidencia. Para personas que no se sienten amenazadas por unos cuantos géneros desplazados aquí y allá.

3 Utilizo el símbolo «marca registrada» para marcar de manera irónica las construcciones sociales que se adueñan de nuestro imaginario como modelos a seguir. El hombre-de-verdad[®] y mujer-de-verdad[®] no somos ninguna de nosotras, sino ese modelo inalcanzable que nos enseñan a perseguir.